

ARTICULO ESPECIAL

Recuerdos

JOSÉ M. TORRES-GÓMEZ, MD, FACC, FACP*

Hace unas semanas, visité el Museo de Arte de San Juan, recientemente inaugurado, que se ubica en el edificio que ocupaba el Departamento de Cirugía del antiguo Hospital Municipal de San Juan, hoy conocido como el Hospital de la Capital. El acceso del frente se comunica directamente con el primer piso, encontrándose uno en un amplio salón donde ya se exhiben algunas obras de arte. Al lado derecho se ha dispuesto un área donde se compran los billetes de entrada.

En la parte posterior de este salón, unas puertas anchas y abiertas, dan paso a un jardín muy bonito, lleno de árboles, verdor, flores, paseos y hasta una corriente de agua que imita a un riachuelo. Sin embargo, al yo mirar en esa dirección, yo no veía el jardín. En su lugar, yo veía un anfiteatro donde se ofrecieron las primeras conferencias de medicina a los estudiantes de la primera clase de la primera Escuela de Medicina que se fundó en Puerto Rico. Allí también se reunía la Facultad del Hospital Municipal bajo la presidencia del Dr. Calixto Romero para determinar, entre otros asuntos, la política pública de dicho hospital.

Unidos al anfiteatro, yo veía los cubículos que se utilizaban para las Clínicas Externas de Medicina donde, por medio de pacientes, los médicos Elí A. Ramírez Rodríguez, Angel A. Cintrón Rivera, Ramón Sifre, Agustín M. de Andino, el que suscribe y tantos más que mencionaré adelante, y otros cuyos nombres no me vienen a la memoria en estos momentos, enseñaban a los estudiantes las complejidades de la Medicina.

Algo más distante, a mi izquierda, yo veía el edificio que albergaba los pacientes de Medicina y a los médicos Ernesto Marchand, José A. de Jesús y Carlos Bertrán enseñando a internos, residentes y estudiantes de Medicina. Más abajo, todavía a mi izquierda, veía el edificio que ocupaba el Departamento de Pediatría dirigido por el Dr. Antonio Ortiz. Cerca también se encontraba el Departamento de Obstetricia y Ginecología cuyo primer jefe fue el Dr. Manuel Fernández Fuster.

Luego, a lo lejos, a mi derecha, aparecía el edificio donde estaba localizado el Departamento de Patología y a su primer director, el Dr. Enrique Koppisch, siempre examinando tejidos tanto de vivos como de otros que habían pasado a la otra vida. Siguiendo la vista hacia abajo, a mi derecha, surgía el célebre, históricamente célebre, edificio Santa Rosa, de muy especial recuerdo para mí por varias razones.

Allí fue donde se me cedió un espacio, un modesto espacio, para establecer y dirigir el primer Laboratorio Cardio-Pulmonar que existió en Puerto Rico. Es aquí donde se efectúan las pruebas de función respiratoria más avanzadas para aquella época y donde se iniciaron los sondeos cardíacos (cateterismos) en Puerto Rico. Es de este edificio donde surgen las recomendaciones para crear la primera Junta de Cardiología, el mentado "Cardiac Board", que operó en Puerto Rico. Entre sus funciones se hallaba la de escoger los pacientes que debían ser sometidos al cateterismo cardíaco y, una vez conocidos los resultados, decidir quienes se debían referir para la corrección quirúrgica de los defectos descubiertos. De dicha corrección se encargaba el Dr. Francisco Raffucci, pionero de la cirugía cardiovascular en nuestra isla. Inicialmente se valió de la hipotermia para poder invadir el corazón. Luego, cuando se consiguieron los medios, utilizó la circulación extra-corpórea (la "bomba") para facilitar sus operaciones.

De los ocupantes del edificio Santa Rosa, también emanaron las primeras Clínicas Externas puras de Cardiología. Entre ellos se encontraban los médicos Federico Díez Rivas, Raúl Vizcarrondo y el que escribe. Todavía, con deseos de hacer una mayor contribución, estos médicos ayudaron a fundar, en parte, el primer "Fellowship" de Cardiología que estuvo disponible en Puerto Rico. Este consistía en un programa de estudios y entrenamiento que se ofrecía a aquellos médicos interesados en la cardiología. Debo señalar que el primer matriculado en dicho programa fue el Dr. Mario R. García Palmieri, médico que luego se ha distinguido como el que más en el campo de la cardiología en nuestro país.

Además, debo añadir que todos estos proyectos estaban adscritos al Departamento de Medicina de la Escuela de Medicina cuyo primer jefe fue el Dr. Rurico S.

* El autor es un conocido cardiólogo retirado, residente en San Juan y ex-Presidente de la Asociación Médica de Puerto Rico.

Dirigir correspondencia a: Dr. José M. Torres-Gómez, Ave. Ponce de León # 857, Apt. 2 N, San Juan, P R, 00907-3332

Díaz Rivera. Este médico fue el primer cardiólogo puertorriqueño en ser certificado por el “American Board of Cardiovascular Diseases” y que, en gran parte, ideó todos los programas a los que he hecho referencia. Todo esto ocurrió en la década del año 1950. De los edificios de aquella época que he mencionado no queda una piedra. Sólo ha sobrevivido el que correspondía al Departamento de Cirugía.

Es natural que en vez del jardín yo viera lo que he descrito. Pero ¿qué sucede con el visitante usual que va a conocer el Museo? ¿Qué ve cuando mira hacia el jardín? Pues ve el jardín y no se entera de nada más. ¿Por qué? Porque en ningún lugar hay ni el más simple rotulito que informe al público de lo que allí una vez existió; de lo que allí se logró; de lo que allí se hizo. Si lo hay, yo no lo ví.

Aprovecho esta ocasión para pedirle al lector que si por casualidad, llegara a gozar de alguna influencia en los que

dirigen o presiden agencias u oficinas que se dedican a la conservación de la historia de nuestro país, los insten a que corrijan lo que, para mí, es un grave error. Me refiero a que en esos edificios, lugares o terrenos que han sido testigos de importantes contribuciones pero que “han dado paso al progreso”, se debe colocar algo que informe al público (que no conoce la historia) sobre lo que sucedió allí. De no hacerlo, todo lugar donde se ha logrado un importante adelanto en beneficio de la población puertorriqueña, se perderá en el olvido.

Los miembros de nuestra sociedad se han acostumbrado a vivir en el presente, a gozar de los beneficios del presente. No es que esto esté mal, pero es que del futuro poco se habla; del pasado, todavía menos. No se acuerdan que, en términos generales, lo que gozan del presente es o ha sido producto del trabajo, esfuerzos y sacrificios de los que los han precedido. Recordémoslo.